

Recopilación de cuentos

Lucía Junquera Ramos

Índice

NOVELA	2
MADRUGADA	3
CARTA GRIS	4
LLAVES	5
DÍA GRIS	6
MARTES 13	7
JARRÓN	8
ANGUSTIA	9
MUERTE	10
ME FUI Y ACÁ ESTOY	11
GUERRA TÁCITA	12
DOMINGO	13

NOVELA

El cielo plástico de un colectivo, la falta de luz de la casi noche y el olor a tantas respiraciones concentradas en llegar me impiden leer. Entonces, me acuerdo de lo mucho que hace que no escribo. Como si una idea estuviese echando raíces y consumiendo(me) las ganas. Se viene algo grande, pienso. Cierro los ojos y me dejo entusiasmar con expectativas disimuladas. La tapa de mi novela corta puede ser azul, puedo imprimir veintiún ejemplares, puedo regalarlas a todas y enterrar una. Yo aferrada a un proyecto. No sé cómo sigo fantaseando. El micro choca. Muero.

MADRUGADA

A la madrugada me encuentro con el rostro empapado de luz, agitando mis dedos a la sensibilidad de una pantalla que, presiento, es la única que me escucha. Todavía muy bien sin saber qué decirle, me abro el pecho y le muestro mi miseria. la luz inerte no me da respuestas, ni siquiera calor. Le tengo paciencia, la miro, quiebro mis dedos. Cero respuestas.

Ahora todo está oscuro, en la mañana tendré que juntar los restos de una no repuesta. Y los pedazos de un celular.

CARTA GRIS

Era un viernes de esos en los que uno se encuentra obligado a parecer una persona. Me levanté apurado sin desayuno ni ritual de amor. No pude sostenerle la mirada ni verla descansar porque la noche anterior, también, había dormido solo. Cuando bajaba por el ascensor me acordé que la gente se peina, se perfuma y cuando quise abrir los ojos ya estaba sentado en mi escritorio. El panorama de siempre y la sonrisa de los miserables como yo. Cuando el sol cayó nos devolvieron la libertad hasta el siguiente lunes. Volví a mi casa arrugado y arrastrado. Antes de recaer en la cama sentí como infiltraban un sobre gris por debajo de la puerta. Me levante sin ánimos, pensando que era alguna volanta de descuentos o un dos por uno en una parrilla de dueños chinos, pero no, era una carta. Ahí estaba yo, con la correspondencia en mis manos inestables, transpiradas. Tímido pero seguro. Sin culpas de meterme para siempre en lo que no fue. Moví la cortaplumas removiendo el lacre con una violencia cuidadosa, semejante a la ansiedad de quien está cambiando su vida. Ella nunca existió. Lo que mi mente recuerda. . .

A quien corresponda:

Hola, ¿qué hacés despierto? No es la primera vez que hago esto, pero la primera que sé, más o menos, lo que puedo encontrar. Lo que quiero. Yo a vos no te conozco, vos a mí tampoco. Pero te vi, te leí, te seguí. Te escribo desde la salida de emergencia del vigésimo primer piso de donde vivís. Me veo conversando con vos una tarde, sobre lo que te pasó durante el día. Distrayéndote de la cama, para que no estés semi dormido. Pensando cómo perder el tiempo hasta que sea lunes de vuelta, para que no te quejes de tener que irte de nuevo, no tener tiempo, de no vivir. Si estás expectante, deseando que esta carta se convierta en un té con miel o te estás imaginando cómo hacer para verme, te espero, como nunca, en la esquina de mala muerte donde venden sushi y algo más. El viernes que viene a esta hora. No me digas que no.

María.

Los días de esa semana fueron un cuentagotas de minutos eternos. Me llené los espacios de imaginación pensando cómo había estado en la puerta de mi departamento y en vez de aparecer había dejado una carta. *una carta* invitandome a conocernos.

Cuando, ese viernes, llegué a 9 y 45 no vi nada. La esquina misteriosa donde vendían sushi estaba convertida en baldío. Estaba seguro que esa era la esquina. La casualidad o coincidencia hicieron que ella también la llame de esa forma “la esquina de mala muerte donde. . .” Un baldío que me rompió los ojos en el mismo momento que desplegué la carta de mi bolsillo y vi que los espacios de las coordenadas estaban borroso, como si la tinta suicida hubiera saltado. Como si nadie lo hubiese escrito.

LLAVES

A las 9 de la noche fue a la terminal con un bolso en el que no entraban más de tres mudas. Esquivando palomas compró un pasaje: sí, con descuento universitario, asiento individual, chau.

Le gusta viajar de noche, piensa que el tiempo pasa más rápido. En la butaca llena de ácaros malgastó la batería de su celular que marcaba el último por ciento y se durmió buscando una comodidad que no encontró. A la madrugada se despertó por la ruta destruída; señal de que habían hecho mitad de trayecto. Miró por la ventanilla cómo la luna seguía su viaje y escuchó las chicharras enloquecidas que anunciaban la llegada de diciembre. “Este cielo no es el que se puede ver allá”, pesó. A los quince minutos, que quizás fueron dos horas, el pueblo empezó a asomar: las vías, el olor a eucalipto y los reductores de velocidad sincronizaron en un bostezo.

Bajó en la terminal de paredes descascaradas, y entre manchas de aceite caminó hasta un taxi. El chofer le ofreció ayuda; lo reconoció, fueron juntos a la primaria pero pasados los doce o trece años no lo volvió a ver. Él le sonrió pero ella se limitó a indicar coordenadas. Cuando la bajada de bandera señaló once pesos comenzó a buscar sus llaves. Calle a calle sintió una presión en el pecho que aumentó en cada esquina. Cierre, botón, abrojo y otra vez cierre. Unos pocos autos circulaban. Respiró profundo y revisó de nuevo sus bolsillos. Las llaves no aparecieron ni entonces ni después.

Se sentía apurada pese a no tener ninguna obligación u horario que cumplir. Al llegar, le pagó al taxista y cerró la puerta sin saludar. Tres perros le dieron la bienvenida con ladridos y saltos. La casa le pareció más grande que la de su memoria. Dejó de buscar las llaves cuando recordó que las había perdido en la mudanza. Se puso a llorar como una recién nacida, lloró kilómetros, lloró todo el destierro y también el futuro. Del lado de adentro se escuchó la cerradura destrabarse y una voz dijo: “Ya estás acá”.

DÍA GRIS

La canilla gotea. Todo el día gris, desde mi escritorio. Estoy resfriada y de noche la fiebre. Un trabajo práctico entra, desgastado, al cajón de las cosas adeudadas. No me importa: hay cosas peores, hice cosas mejores. Tao Lin se escapó de la biblioteca, vino a mis manos, otra vez. Y dejé caer cada lágrima en el té.

En realidad sí importa, pero no ahora. Se va la tarde. El plomero tampoco va a venir.

MARTES 13

Cruzó el Río de la Plata en concepto de regalo. Me encanta, qué hermosa taza, gracias. Elijo un té caliente. Muy caliente.

La torpeza en la mayor de sus expresiones: un movimiento brusco, vuelco, grito —uno y desde las entrañas, con fuerza de dragón—.

Me arden las piernas, las manos, la panza. Un paño frío, “como cuando tenés fiebre”, hasta el amanecer de las ampollas. Platsul-A. Amor. Llanto. Ardor. Por último y después de varias horas, la risa. En fin, eso, me cagué quemando.

JARRÓN

Uno no se lamenta por lo que en el instante se rompe, uno se entristece por las cosas que fueron o pudieron ser.

Heredas un jarrón y éste se suicida, desde una repisa, entusiasmado por la cosa de un gato. Ves el adorno estallado en más de mil partes que todavía bailan en el piso, como monedas recién caídas.

Llorás, llorás desconsoladamente. Es el que sostuvo las flores que le regalaron a tu mamá el día que te parió. El jarrón que le dio agua a las margaritas que te regaló el chico que andaba en bicicleta cuando tenías once, las mismas que faltaban en el jardín rompecabezas de su vecina. El que contuvo al primer ramo de rosas que te regaló tu novio, cuando cumpliste veintiún años, las que se marchitaron, como todo lo sano. Y también se partió el alma desde el estante, porque iba a ser el mismo jarrón, que mudarías al centro de la mesa de tu nueva casa.

La culpa no es del gato, ni de la elección del lugar. Son jarrones hechos para lo frágil de algún tiempo. Como respirar.

ANGUSTIA

La palabra precisa, dijeron. La busqué en mi taquicardia, en las manos temblando, en los manchones de tinta azul y la cara hirviendo. La encontré: angustia. Lo entendí así, otra vez dos puntos, escribir me duele.

MUERTE

Ayer la vida se hizo chillido de dos pichones en la boca de la perra. Uno a la tarde, otro a la noche. Después del rescate, durmieron juntos en una maceta y lloraron. Esta mañana uno seguía en la planta colgante, el otro, desde abajo, le gritaba que se animara, que tienen que aprender a volar e irse. Comieron, se picaron los intentos de plumas y se limpiaron los picos. Ahora aletean hasta el cansancio y un poco más. Ojalá mañana ya no estén, que alguien los venga a buscar. Ojalá aprendan a irse, lejos de la muerte.

ME FUI Y ACÁ ESTOY

Última vez que te maldigo en silencio, escalera de mármol muerto que por poco me matás de angustia. Que por poco casi que me muero yo.

Última vez que comparto mis gritos de sueño, que me retengo por la constante e insoportable compañía.

Última vez que cierro la puerta: se escucha un ruido que no viene de la cerradura, viene desde adentro mío y me desarma.

Las llaves quedaron adentro, del otro lado mi bolso, un sonrisa y yo.

GUERRA TÁCITA

En el piso del edificio éramos tres: un chico músico, un abuelo y yo. Todo transcurría en movimiento rutinarios. Los miércoles la empresa de agua, los jueves el correo, una vez cada treinta días las expensas, los viernes y sábados el músico con su banda, los domingos gritos de gol por las ventanas y ahí concluía el bullicio. El viejo y yo, los silenciosos, fuimos comandantes y soldados de una guerra tácita.

Después de las siete de la tarde cada de cada día se sacaba la basura; debía depositarse en un cuartito frente a las escaleras y una hora más tarde el encargado pasaría a buscarla.

Cada vez que sacaba mi bolsa de desechos encontraba la puerta de ese minúsculo espacio abierta. No puedo explicar si era el olor, lo estrictamente desprolijo o qué clase de trastorno obsesivo compulsivo lo que me obligaba a cerrar la puerta, respirar profundo y soltar el picaporte. Todas las tardes lo mismo.

Los lunes el músico dejaba algunas botellas de vino o gaseosa y durante la semana se ausentaba. Muchas veces el abuelo esperaba que se sacara más bolsas y cerrara la puerta para salir él, minutos después, y dejarla abierta. Yo lo espiaba por las mirilla y me fastidiaba con una facilidad que hoy me da gracia. Él sabía que lo observaba.

pasaron los meses y el desacuerdos era constante. Yo ya había pegado un papelito “por favor, mantener cerrado”. Se puso amarillo sin conseguir mi objetivo.

Una tarde, después de dejar mis residuos embolsados, me fui de casa y no regresé a dormir.

Al día siguiente, la puerta del cubículo seguía cerrada y en el espejo del ascensor una nota firmada por la administración: “Sentimos e informamos la pérdida de nuestro querido vecino, durante quince años, José ‘Pepe’ Robles del 5to ‘B’”.

Estuve en silencio varios minutos antes de entrar a mi casa. “Gané” —dije en voz alta— en el mismo instante que la bisagra empezó a chillar y la puerta del basurero se abrió.

DOMINGO

Tiene cinco años, un vestido blanco y ganas de correr, de irse de si. Pasea entre flores y mármoles mientras su papá se arrodilla frente a una placa. La nena arrastra una pena disfrazada de ritual, una lista de cosas que nunca le van a pasar, arrastra un “¿vos también extrañás a mamá?”.

Lucía tan pálida como ningún otro ser humano en el mundo. Su piel era como un papel manchado por la luz del sol que entraba en el colectivo. Parecía dormida pero en sus ojos entre abiertos asomaban dos esmeraldas de mar que dejaban lugar a la duda. Los únicos movimientos que hacía eran causados por el micro que la sacudía. Se veía frágil. Al viaje por autopista lo hizo dos veces ida y vuelta, cuando el chofer se percató de la situación se acercó a avisarle. Al apoyar una de sus manos en la butaca notó que estaba húmeda, miró hacia abajo y pudo ver como se desprendían gotas de sangre por todo el asiento. Retrocediendo y tomando valor decidió mover a la muchacha. La hebilla de su moño le había perforado el cráneo.